

ANTONIN ARTAUD
Los tarahumara

Prólogo de
JULIO MONTEVERDE

Traducción de
CARLOS MANZANO

ÍNDICE

PRÓLOGO. Julio Monteverde	7
EL RITO DEL PEYOTE ENTRE LOS TARAHUMARA	19
<i>Post-scriptum</i>	42
DE UN VIAJE AL PAÍS DE LOS TARAHUMARA	43
La Montaña de los Signos	45
La Danza del Peyote	50
Carta a Henri Parisot	61
TUTUGURI	63
TRES TEXTOS SOBRE LOS TARAHUMARA	
APARECIDOS EN <i>EL NACIONAL</i>	71
El País de los Reyes Magos	73
<i>La Naturaleza ha producido los bailarines...</i>	77
Una Raza-Principio	79
El Rito de los Reyes de la Atlántida	83
UN TEXTO APARECIDO EN <i>VOILÀ</i>	89
La Raza de los hombres perdidos	91
SUPLEMENTO AL VIAJE AL PAÍS DE LOS TARAHUMARA	95
Apéndice	106
UNA NOTA SOBRE EL PEYOTE	107

CARTAS RELATIVAS A LOS TARAHUMARA	III
A Jean Paulhan (<i>4 de febrero de 1937</i>)	113
A Jean Paulhan (<i>27 de febrero de 1937</i>)	120
A Jean Paulhan (<i>13 de marzo de 1937</i>)	121
A Jean Paulhan (<i>28 de marzo de 1937</i>)	122
A Jean Paulhan (<i>13 de abril de 1937</i>)	124
A Jean Paulhan (<i>27 o 28 de mayo de 1937</i>)	125
A Jean Paulhan (<i>comienzos de junio de 1937</i>)	126
A Jean Paulhan (<i>finales de junio de 1937</i>)	127
A Henri Parisot (<i>10 de diciembre de 1943</i>)	128
Al doctor Gaston Ferdière (<i>11 de diciembre de 1943</i>)	132
NOTAS	135

LA NOCHE QUE ANDA SOBRE LA NOCHE

Antonin Artaud en la tierra de los símbolos

Por el lado por el que se eleva el sol, plantaron diez cruces, de tamaños diferentes, pero todas ellas alineadas en orden simétrico, y a cada cruz ataron un espejo.

«La danza del Peyote»,
Antonin Artaud

«MÉXICO CONOCE TODOS LOS CIelos», afirmó Cesar Moro. Y probablemente esto sea así porque hay algo en su tradición, en su historia y en su sociedad que permanece abierto; algo no clausurado por la civilización occidental que le permite mostrar diferentes rostros, elevarse a diferentes alturas, mientras introduce sus raíces en los más hondos estratos sedimentarios del pensamiento humano.

A partir de esta simple constatación, que puede ser verificada por igual abriendo los libros de historia, los tratados de antropología o los periódicos del día, una cierta «visión» —exagerada o minimizada, no es este el lugar para debatirlo— de México como reserva de fuerzas vinculadas a mentalidades «primitivas» ha podido hacer fortuna, conformando imaginariamente ese territorio donde

«hierven crudas las fuerzas vivas del subsuelo»,* que ha fascinado por igual a poetas, escritores y artistas de todo el mundo.

Antonin Artaud fue sin duda uno de ellos. Aunque él llegó a México en 1936, casi sin antecedentes, y quizá por eso su viaje sea más sorprendente, más libre en cierto modo. ¿Qué es lo que le llevó allí? Sin duda se trató de una tensión que fue aumentando durante largo tiempo y a través de abundantes lecturas, pero ciertos episodios que se produjeron en su vida antes de que decidiese el asombroso viaje arrojan una luz más directa sobre sus motivaciones.

A finales de 1926 Artaud es expulsado del grupo surrealista. La razón, aceptada no sin amargos reproches por ambos bandos, es el rechazo explícito y declarado de Artaud a abrazar el materialismo histórico, al que el resto del grupo se ha adherido sin reservas. Para Artaud, la revolución, tal y como es planteada por el comunismo, es una mera *crisis ministerial* que no alcanza a subvertir todos los aspectos del ser humano que deben ser puestos cabeza abajo, y que por lo demás limita el destino del surrealismo. La ruptura, como no podía ser de otro modo, tuvo un alto coste emocional. A partir de ese momento, y durante casi una década, Artaud buscará poner en marcha diferentes iniciativas que le permitan superar la desorientación y el *impasse* en el que su vida parece haberse vertido. La creación del Teatro Alfred Jarry será una de ellas, así como la puesta en marcha de sus ideas sobre el teatro de la crueldad a través de la representación de la obra *Los Cenci*, iniciativas ambas que se saldarán con rotundos fracasos. Solo el cine (*Napoleón*, *La pasión de Juana de Arco*) le deparará cierto éxito mundano, que Artaud desprecia abiertamente.

* Antonin Artaud: «Carta al ministro de relaciones exteriores (Agosto de 1935)»; en *México y Viaje al país de los tarahumaras* (México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1984), pág. 241. Las informaciones concretas sobre la estancia de Artaud en México están extraídas de este amplio y documentado libro.

Es en este derrumbe vital cuando la posibilidad del viaje a México empezará a tomar forma en la mente de Artaud. Y entre 1930 y 1933 concebirá un proyecto para una monumental obra de teatro basada en la historia de México (*La conquista de México*), que nunca podrá llevarse a cabo, pero que sin duda contribuirá a que todas sus aspiraciones se dirijan hacia ese punto material en el espacio, y a convertirlo en una obsesión.

Todo funciona pues como si Artaud, que experimenta una continua sensación de derrumbe de su propio pensamiento, estuviese buscando algún tipo de estructura material sobre la que sustentarlo. A partir del rechazo a la civilización occidental, su cultura y su historia, así como de ese momento puramente negativo en el que su pensamiento se ve continuamente atrapado en su propia *dinámica de demolición*, surge la atracción por ese «otro mundo». No obstante, y esto es necesario remarcarlo, Artaud no pretende en ningún caso encontrar una nueva vía para fortalecer, vivificar o rejuvenecer esa civilización moribunda. Todo lo contrario: si Artaud se muestra fascinado por ese «totemismo activo»,* si se permite hablar de México como un país en el que «hay todavía selvas que hablan»** lo hará más bien porque allí espera encontrar elementos de negación que le confirmen que su trabajo de destrucción avanza por el camino adecuado, vinculado a las fuentes del pensamiento, a esa mentalidad «primitiva» del ser humano que parece subsistir de una forma u otra, consciente o inconscientemente, en tierras mexicanas.

Para Artaud, como para muchos otros antes y después de él, México será la puerta por la que acceder a la escalera en espiral que desciende al inframundo del inconsciente, allí donde lo real

* Antonin Artaud: «Carta a Jean Paulhan, 19 de julio de 1935», *ibíd.*, pág. 16.

** Antonin Artaud: «Carta a Jean Paulhan, 19 de agosto de 1935», *ibíd.*, pág. 24.

Los tarahumara

El Rito del Peyote entre los tarahumara

EL RITO DEL PEYOTE ENTRE LOS TARAHUMARA*

COMO YA HE DICHO, fueron los sacerdotes del Tutuguri quienes me abrieron el camino del Ciguri, como, unos días antes, el *Señor de todas las cosas* me había abierto también el camino del Tutuguri. El *Señor de todas las cosas* es el que rige las relaciones exteriores entre los hombres: la amistad, la compasión, la limosna, la fidelidad, la piedad, la generosidad, el trabajo. Su poder se detiene en el umbral de lo que aquí, en Europa, entendemos por metafísica o teología, pero en la esfera de la conciencia interna llega mucho más lejos que la de cualquier jefe político europeo. En México nadie puede iniciarse, es decir, recibir la unción de los sacerdotes del Sol y la marca de inmersión y readmisión del Ciguri, que es un rito aniquilador, si antes no lo ha tocado con su espada el anciano jefe indio que manda en la paz y en la guerra, en la justicia, en el Matrimonio y en el Amor. Al parecer, tiene en sus manos las fuerzas que ordenan a los hombres amarse o que los enloquecen, mientras que los sacerdotes del Tutuguri, con la boca, hacen elevarse el Espíritu que los produce y los dispone en el Infinito, donde el Alma deberá acogerlos y clasificarlos de nuevo en su yo. La acción de los sacerdotes del Sol rodea el alma entera y se detiene en los límites del yo personal, al que acude el *Señor de todas las cosas* para recoger su resonancia, y ahí fue donde el anciano jefe mexicano me golpeó para abrirme de nuevo la conciencia, pues

* Todas las notas numeradas se encuentran al final del libro (N. del E.).

yo era un mal nacido y no podía comprender el Sol, y, además, el orden jerárquico de las cosas es el que exige que después de haber pasado por el TODO, es decir, lo múltiple, que son las cosas, regresemos a la simplicidad del Uno, que es el Tutuguri o el Sol, para después disolvernos y resucitar mediante esa operación de reasimilación misteriosa. Se trata de una reasimilación tenebrosa que va incluida en el Ciguri, como un Mito de reanudación, de exterminio después y, por último, de resolución en la criba de la expropiación suprema, tal como lo gritan y afirman sin cesar los sacerdotes en su Danza de toda la Noche, porque ocupa la noche entera, desde el crepúsculo hasta la aurora, pero coge toda la noche y la concentra, como cuando se toma todo el zumo de una fruta hasta la fuente de la vida. Y la extirpación de propiedades llega hasta Dios y lo sobrepasa; pues dios,² y sobre todo Dios, no puede coger lo que en el yo es el auténtico sí mismo por mucho que éste cometa la imbecilidad de abandonarse.

Fue una mañana de domingo cuando el anciano jefe indio me abrió la conciencia con una cuchillada entre el corazón y el bazo: «Tenga confianza», me dijo, «no tenga miedo, que no le haré ningún daño», y se apresuró a retroceder tres o cuatro pasos y, tras hacer que su espada describiese un círculo en el aire por el pomo y hacia atrás, se precipitó sobre mí, apuntándome y con toda su fuerza, como si quisiera exterminarme, pero la punta de la espada apenas me tocó la piel y sólo brotó una gotita de sangre. — No noté dolor alguno, pero sí que tuve la impresión de despertar a algo respecto de lo cual hasta entonces había yo sido un mal nacido y estaba mal orientado, y me sentí colmado por una luz que nunca había poseído. — Pasaron algunos días y una mañana, al amanecer, entré en relación con los sacerdotes del Tutuguri y, dos días después, pude por fin unirme al Ciguri.

«Recoserte dentro de la entidad sin Dios que te asimila y te produce como si tú mismo te produjeras y como tú mismo en la Nada y contra Él, a cualquier hora, te produces».

De un viaje al país de los tarahumara¹

LA MONTAÑA DE LOS SIGNOS¹

EL PAÍS DE LOS tarahumara está lleno de signos, de formas, de efigies naturales que en modo alguno parecen nacidos del azar, como si los dioses, a los que aquí se nota por doquier, hubiesen querido significar sus poderes en esas extrañas firmas en las que la figura del hombre aparece perseguida desde todas partes.

Es cierto² que no faltan lugares en la Tierra donde la Naturaleza, movida por algo así como un capricho inteligente, ha esculpido formas humanas, pero aquí el caso es diferente: pues la Naturaleza *ha querido hablar* a lo largo de toda *la extensión geográfica de una raza*.

Y lo extraño es que quienes por allí pasan, como afectados³ por una parálisis inconsciente, cierran sus sentidos para desconocerlo. En principio, se puede pensar que el hecho de que la Naturaleza, en virtud de un extraño capricho, muestre de repente un cuerpo de hombre torturado sobre una roca, es un puro capricho y no significa nada, pero cuando, durante días y días a caballo, se repite el mismo encanto inteligente y *la Naturaleza manifiesta, obstinada, la misma idea*, cuando las mismas formas patéticas reaparecen, cuando cabezas de dioses conocidos aparecen sobre las rocas y un acto de muerte se desprende siempre a expensas del hombre —y a la forma descuartizada del hombre responden las que se han vuelto *menos obscuras*, más libres de una materia petrificante, de los dioses que siempre lo han torturado—, cuando todo un país desarrolla⁴ en la piedra una filosofía paralela a la de los hombres, cuando sabemos⁵ que los primeros hombres utiliza-

ron un lenguaje de signos y encontramos esa lengua formidablemente aumentada en las rocas, la verdad es que ya no podemos pensar que se trate de un capricho y que éste nada signifique.⁶

Aunque la mayoría de los miembros de la raza tarahumara es autóctona y si, según dicen ellos mismos, cayeron del cielo a la Sierra, podemos decir que cayeron en una *Naturaleza ya preparada* y que ha querido pensar como un hombre. Así como hizo *evolucionar* a unos hombres, así también *lo hizo* con rocas.

Vi clavado a una piedra a aquel hombre desnudo, al que estaban torturando, y unas formas que el sol volatilizaba se afanaban encima de él, pero, gracias a no sé qué milagro óptico, el hombre, debajo, seguía entero, aunque dentro de la misma luz.

No puedo decir qué era lo que estaba encantado: si la montaña o yo mismo, pero en aquel periplo por la montaña vi presentarse, al menos una vez al día, un milagro óptico análogo.

Quizá naciera yo con un cuerpo atormentado, amañado como la inmensa montaña, pero sus obsesiones sirven y en la montaña me di cuenta de que de algo sirve tener *la obsesión de contar*. No dejaba de contar en una sombra, cuando la sentía girar en torno a algo y, en muchas ocasiones, sumando sombras me remonté hasta hogares extraños.

En la montaña vi a un hombre desnudo asomado a una gran ventana. Su cabeza era tan sólo un gran agujero, como una cavidad circular en la que aparecían, sucesivamente y según las horas, el sol o la luna. Tenía el brazo derecho extendido como una barra y el izquierdo como una barra también, pero sumida en la sombra y replegada.

Se podían contar sus costillas, que eran siete por cada lado. En el lugar del ombligo brillaba un triángulo esplendente. No podría decir de qué estaba hecho, como si la Naturaleza hubiese elegido aquella parte de montaña para poner al desnudo sus sílex escondidos.

LA DANZA DEL PEYOTE¹

LA INFLUENCIA FÍSICA SEGUÍA notándose. Aquel cataclismo que era mi cuerpo... Tras veinte días de espera, todavía no había vuelto en mí; habría que decir: *salido* en mí, a mí, a aquella aglomeración dislocada, a aquel trozo de geología averiada.

Inerte, como puede serlo la tierra con sus rocas y todas esas grietas que corren por los estratos sedimentarios amontonados. Quebradizo lo era yo, desde luego, no por fragmentos, sino por entero. Desde mi primer contacto con aquella terrible montaña, que había elevado contra mí —estoy seguro— barreras para impedirme entrar, y desde que estuve allí arriba, lo sobrenatural ya no me parece algo tan extraordinario para no poder decir que quedé, en el sentido literal del término, *embruja*do.

Dar un paso, para mí, ya no era dar un paso, sino sentir dónde llevaba la cabeza. ¿Se entiende esto? Miembros que obedecen uno después del otro y avanzan uno tras otro y hay que mantener la posición vertical por encima de la tierra, pues la cabeza, desbordante de olas y sin poder ya dominar sus torbellinos, siente abajo todos los torbellinos de la tierra que la enloquecen y le impiden mantenerse derecha.

Veintiocho días de aquella pesada influencia, de aquel ovillo de miembros mal acoplados que era yo, a cuyo espectáculo me daba la impresión de estar asistiendo, como al de un inmenso paisaje de hielo a punto de desmembrarse.

Así, pues, la influencia seguía notándose, tan terrible, que, para ir desde la casa del indio hasta un árbol situado apenas unos

pasos más allá, necesitaba algo más que valor, necesitaba recurrir a reservas de voluntad verdaderamente *desesperada*. Es que haber llegado hasta tan lejos, encontrarme por fin en el umbral de un encuentro y de aquel lugar del que tantas revelaciones esperaba y sentirme tan perdido, tan desierto, tan descoronado... ¿Habría conocido yo alguna vez la alegría? ¿Habría habido alguna vez en el mundo una sensación que no fuese de angustia o de irremisible desesperación? ¿Me habría encontrado yo alguna vez en un estado diferente al de aquel dolor en grietas que todas las noches me perseguía? ¿Habría algo para mí que no estuviese al alcance de la agonía y sería posible encontrar al menos un cuerpo, un solo cuerpo de hombre, que escapase a mi perpetua crucifixión?

La verdad es que necesitaba voluntad para creer que iba a ocurrir algo. Y todo aquello, ¿por qué? Por una danza, por un rito de indios perdidos que ni siquiera saben ya quiénes son ni de dónde vienen y que, cuando les preguntamos, nos responden con cuentos cuya cohesión y secreto han perdido.

Después de fatigas tan crueles, que no puedo dejar de creer —repito— que no estuviese yo en verdad embrujado, que aquellas barreras de desintegración y cataclismos que sentí subir en mí no fuesen el resultado de una premeditación inteligente y concertada, había llegado a uno de los últimos puntos del mundo donde todavía existe la danza de curación mediante el Peyote, aquel, en todo caso, en el que se la inventó. Entonces ¿qué era? ¿Qué falso presentimiento, qué intuición ilusoria e inventada me permitía esperar de él una liberación para mi cuerpo y también, y sobre todo, una fuerza, una iluminación en toda la amplitud de mi pasaje interior, que en aquel momento preciso sentía yo fuera de toda clase de dimensiones?

Hacía veintiocho días que había comenzado aquel inexplicable suplicio y doce días que me encontraba en aquel aislado rincón de tierra, en aquel encierro de la inmensa montaña, esperando la buena voluntad de mis brujos.